

do las frecuentes apariciones de este Dios-Hombre, que parece que tu exiges.

Tu dices que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente, y en pleno dia en Jerusalem y en las otras ciudades de la Judea, todos los judios se habrian convertido. Yo no sé lo que hubiera sucedido; pero sé muy bien, que si todos los judios se hubieran convertido, los adversarios de la religion cristiana publicarian hoy que jamas hubo judios: que este pueblo es un pueblo fabuloso, y su historia una novela; y que si todos los judios no se hubieran convertido, estos mismos hombres sostendrian, que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente en Jerusalem, y en lo restante de la Judea despues de su resurreccion, todos los judios se habrian convertido infaliblemente, y de esto deducirian que Jesucristo no se manifestó jamas despues de su resurreccion, ni en Jerusalem, ni en otra parte; y que esta pretendida resurreccion no era otra cosa sino un cuento

y una pura invencion, hecha de propósito.

Quedemos, pues, tu y yo bien persuadidos á que Dios mismo no tendrá jamas razon con esta especie de hombres, porque han jurado no confesar jamas que se han engañado.

SESTA CONFERENCIA.

*Sobre los misterios de la religion cristiana.*

En el capítulo I del Evangelio, segun San Juan, se refiere, que habiendo San Felipe, que fue uno de los primeros discípulos que se unieron á Jesucristo, encontrado á Nathanael, le dijo: „Hemos hallado á aquel de „quien Moyses ha escrito en la ley, „y que los Profetas han predicho, y „es Jesus de Nazareth.“ Que en seguida llevó á Nathanael á Jesus: que Nathanael, que era un verdadero Israelita, sin disfraz ni artificio, creyó

en Jesucristo desde que le vió y oyó hablar.

En este rasgo de la vida de Jesucristo, tu ves sin duda con gusto, mi querido Teotimo, la imagen de lo que ha pasado entre tu y yo. Jesucristo, por una gracia superior á todo mi reconocimiento, me llamó desde luego á sí. Lleno de gozo, porque le conocía y vivía bajo sus santas leyes, deseaba que fuese conocido también de tí (porque siempre te he amado tiernamente), y creía aumentar mi propia dicha, comunicándotelo. Yo te he llevado á este divino Maestro; tu lo has visto, y has creído en él sin titubear, porque tenías la misma rectitud de entendimiento, y el mismo candor que Nathanael.

Nosotros, pues, podemos hoy, mi amado Teotimo, exclamar con un engagemento de alegría santa, y felicitándonos mutuamente: ¡al fin hemos hallado al Mesías de quien Moyses ha escrito en su ley, y á quien los Profetas anunciaron, y es Jesus de Nazareth!

Sí, Jesucristo de Nazareth, Hijo único de María en el tiempo, y según la carne, es verdaderamente el Mesías, Hijo de Dios en la eternidad, y según la naturaleza divina. Nosotros le reconocemos por tal por su Sabiduría y por su Santidad, que son la Sabiduría y la Santidad de un Dios-Hombre: por la Ley que ha dado á los hombres, que tiene todos los caracteres de una ley emanada de Dios: por sus milagros sin número hechos para probar que era Dios; en fin, por el gran milagro de su resurrección, obrada por sí mismo, donde brilla todo el poder de Dios. Estamos muy ciertos que el Verbo de Dios, Dios mismo, y el mismo Dios que su Padre, se ha hecho Hombre, y ha habitado entre los hombres, en calidad de hombre semejante á ellos. Nuestros padres lo vieron en la fe, y nosotros mismos lo hemos visto también en la fiel historia que nos ha dejado de su vida; lo hemos visto, y nos ha parecido lleno de gracia y de verdad: su gloria ha brillado á nuestra vista,

y esta gloria era verdaderamente la del Unigénito del Padre.

Siendo Jesucristo Dios, mi amado Teotimo, su doctrina es por consecuencia la doctrina de un Dios, y nosotros debemos recibirla con todo el respeto y sumision debidos á Dios. Esta admirable doctrina encierra misterios que deben ser la regla de nuestros pensamientos en el orden de la religion y de los preceptos que en el mismo orden deben arreglar nuestras acciones: misterios que esceden nuestra razon, y no pueden penetrarse por su santa obscuridad; pero que por otra parte no tienen oposicion alguna con las inclinaciones de nuestro corazon: preceptos que contrastan todas las inclinaciones de nuestro corazon; pero que nuestra razon aprueba, y en los cuales, á pesar nuestro, admiramos toda la Sabiduria divina que incluyen: misterios que no podemos creer, sino imponiendo un silencio absoluto al orgullo, y á la curiosidad de nuestros entendimientos; y preceptos que no podemos cumplir sino vol-

viéndonos contra las pasiones mas amadas de nuestros corazones.

Admira aqui de paso, mi querido Teotimo, los admirables manejos que Dios ha tenido con los hombres: él podia sin duda, darles preceptos contrarios á un tiempo á sus pasiones, y superiores á su razon; esto es, preceptos cuya conveniencia con la naturaleza, su condicion y su fin, no hubieran podido ver, y habrían tenido obligacion de observarlos. Pero este Gran Dios, que dispone de los hombres con una especie de respeto por su debilidad y por su libertad, no ha querido que en la observancia de su ley, tuviesen que combatir á un tiempo contra su razon y contra su corazon, y asi ha esparcido las mas vivas luces sobre los preceptos que cada dia debemos cumplir, y en el por menor de todas nuestras acciones, dejando tinieblas impenetrables sobre los misterios que basta creer, y cuya creencia no cuesta nada á nuestro corazon.

Pero volvamos á la materia. Que los hombres esten obligados á some-

terse á los preceptos Divinos que contradicen sus pasiones, cuando por otra parte aprueba su razon estos preceptos, es en lo que todo el mundo está de acuerdo. Seria, no digo locura, sino un furor brutal el oponerse á este principio. Cualquiera que contestase este principio, que es el fundamento de la moral, y que fue siempre recibido, no solo en los pueblos Idólatras civilizados, sino hasta en los pueblos salvages; cualquiera dije, que se opusiera á este principio, no mereceria ser llamado hombre.

La cuestion es, pues, saber solamente, si debemos creer los misterios que Dios ha revelado, aunque sean incomprendibles á nuestra razon. Esta es, dije, la cuestion no entre tu y yo, ni otro hombre de un sano juicio y de un corazon sencillo, sino entre los cristianos y los nuevos adversarios del cristianismo.

En efecto, mi amado Teotimo, convencido como lo estás, por pruebas las mas evidentes de que Jesucristo es Dios, ve aqui cómo debes ar-

güir, y has argüido en efecto. Los misterios de la religion cristiana son incomprendibles: nuestra razon se pierde en ellos: nosotros no podemos ver su fondo, y formarnos de ellos ideas claras; pero Dios los ha revelado; y de que es Dios quien los ha revelado, ningun hombre puede dejar de creerlo sin haber sentado desde luego el principio, ó que Dios se engañó á sí mismo, ó quiso engañar al mundo. Ahora, siendo Dios infinito en sabiduria y santidad, uno y otro son igualmente imposibles; y seria hacer el último ultrage á este Ser Supremo, el hablar así de él. Todo hombre y yo particularmente tiene una obligacion indispensable de creer ciegamente estos misterios. Ve aqui, Teotimo, cómo has discurrido, y sobre este razonamiento, que es tan concluyente como simple, has sometido tu entendimiento al yugo de la fe. Jamas olvidaré lo que me digiste acerca de esto, despues de nuestra última conversacion: habia en tu ayre, en tu tono de voz, en todas tus accio-

nes un no se qué de vivo y animado, y tan tierno é ingénuo, que fui conmovido hasta el fondo de mi corazón. Tu sabes que no pude contener mis lágrimas, porque me pareció en aquel momento que tu persuasión aumentaba la mia. Jamas me sentí con tanta fe como entónces, y puedo decir en cierto modo: que entónces me volviste cuanto habias recibido de mí. Quiera el cielo, mi amado Teotimo, que toda tu vida conserves la admiracion y el respeto de que te ví entónces penetrado por Jesucristo, y que en tu último aliento creas en el, lo adores y lo ames, como lo hiciste en aquel momento.

Todo está hecho por lo que mira á tu personal convencimiento; y la cuestion, si el hombre debe creer los misterios de la religion cristiana, por incomprendibles que son, está perfectamente resuelta para tí, y para todo hombre de buena fe; y así, lo que me propongo en la conferencia de hoy, no es el convencerte de que debes creer los misterios de nuestra san-

ta religion, sino el manifestarte la mala fe y la locura juntamente de ciertos filósofos de nuestros dias, que pretenden que la incomprendibilidad de estos misterios los autoriza á no creerlos; y que bajo este pretesto; desechan toda la religion cristiana, como que enseña cosas increíbles. Mi idea es, dige, el manifestarte la mala fe y la locura de esos hombres soberbios, y de ponerte en estado, si alguna vez tropiezas con ellos, de responder á sus frívolas objeciones; y por esta razon probaré, 1.º: Que los misterios de la religion cristiana, aunque sean superiores á la razon humana, no son, sin embargo, contrarios á la razon, ó para esplicarme en otros términos, que no son absurdos, sino solo incomprendibles.

2.º: Que lo incomprendible de estos misterios, no seria una razon para negarlos absolutamente, aunque el mismo Dios no los hubiera revelado.

3.º: Que en la suposicion de que Dios los ha revelado, lo incompre-

sible de ellos no es tampoco para los hombres un pretesto plausible para dudar de ellos.

4.º : Que estos misterios , por razon de su incomprendibilidad , dan á la religion cristiana un carácter de divinidad , que sin ello no tuviera. Esto tiene un cierto ayre de paradoja; pero suspende tu juicio , y presto verás que no lo es.

5.º : Que siendo estos misterios el fundamento de una religion tan grande , tan santa y tan augusta , que solo Dios pudo trazar su plan ; se sigue claramente , que estos mismos misterios vienen de Dios.

Tu mismo ves , Teotimo , cuan grande es este asunto : no me es permitido esperar que lo trataré con proporcion á su grandeza ; pero si espero que con la gracia de Dios , lo que diré , esparcirá nuevas luces en tu entendimiento , dará un nuevo grado de viveza á tu fe , y te inspirará un justo desprecio de aquellos hombres que no combaten la religion cristiana , sino porque humilla el orgullo de su en-

tendimiento , y condena la corrupcion de su corazon.

Seguiré en esta conferencia un metodo enteramente diverso del que he seguido hasta aquí. Introduciré un cristiano , y uno de los nuevos filósofos en disputa sobre los misterios de la religion cristiana. Tu , Teotimo , serás el juez de esta disputa ; pesarás las razones que se aleguen por una y otra parte , y luego sentenciarás con imparcialidad. He creído que este nuevo modo de manejar los puntos importantes de que aqui se trata , podria recrearte agradablemente , instruyéndote sólidamente , y que sacarias tambien la ventaja de aprender , de qué modo debes defender tu santa religion , si acaso alguno de estos pretendidos filósofos se atreve á combatirla en tu presencia. La disputa va á abrirse al instante : acuérdate , pues , Teotimo , que eres juez , y presta en consecuencia toda tu atencion.

*El filósofo.* Convengo en ello : la religion cristiana tiene sobre todas las

demas religiones, á lo menos en ciertas cosas, ventajas que no pueden contestársela. ¡Qué hombre el autor de esta religion! ¡Qué sabiduria, qué santidad han resplandecido en él! Es cierto que jamas tuvo semejante: yo me siento penetrado por él del mas profundo respeto y veneracion. Poco me falta para adorarle. Nada es tan sublime como la moral de esta religion: nada es tan puro, y nada es tan conforme al buen juicio y á la recta razon. Si todos los cristianos arreglaran á ella su conducta, serian hombres perfectos y la gloria de la humanidad; pero en fin, esta religion tiene tambien sus defectos.

*El cristiano.* ¡Eh! Señor filósofo, ¿cuáles son los defectos de la religion cristiana?

*El filósofo.* Los misterios que obliga á creer esta religion; porque estos misterios chocan á la razon, y son evidentemente absurdos. Pongamos por ejemplo el Misterio de la Trinidad. ¿Cuántos Dioses hay? Uno. ¿Cuántas Personas hay en Dios? Tres: el Padre,

el Hijo, y el Espíritu Santo. ¿El Padre es Dios? Sí. ¿El Hijo es Dios? Sí. ¿El Espíritu Santo es Dios? Sí: ¿luego son tres Dioses? No; porque estas tres Personas no hacen sino un solo Dios. Ya veis que yo no he olvidado mi catecismo.

Ved, pues, aqui el Misterio de la Trinidad; y sobre él os pregunto por una parte, si puede decirse mas claramente que tres no son mas que uno, en la esposicion del Misterio de la Trinidad; y por otra, si hay en el mundo cosa mas absurda que decir que tres no son sino uno. Es así que yo no debo creer lo que es absurdo, y contradice abiertamente la razon: luego no debo creer el Misterio de la Trinidad.

*El cristiano.* Confieso, señor filósofo, que esta objecion deslumbra en cierto modo, y esto no debe sorprender á nadie. Vos teneis mucho entendimiento, y la materia es apropiada para emplearlo. Yo espero sin embargo responderos de un modo capaz de contentar á todo hombre

que de buena fe busque la verdad. Solamente os suplico no me interrumpais, sobre todo con cuestiones estrañas de la materia que tratamos.

Empecemos por distinguir tres especies de proposiciones: proposiciones evidentes, proposiciones absurdas ó contradictorias, y proposiciones incomprensibles. Establezco aquí esta division de proposiciones, porque ella basta para nuestro asunto.

Una proposicion es evidente cuando nuestro entendimiento ve claramente que las dos ideas que la componen se unen y se identifican, por servirme de los términos de la escuela; y así estas proposiciones: *Dios es bueno: Dios es justo: el todo es mayor que la parte*, son proposiciones evidentes.

Una proposicion es absurda y contradictoria, cuando el entendimiento ve claramente que las dos ideas de que se compone se combaten y excluyen mutuamente; y así estas proposiciones: *Dios es cruel: Dios es*

*injusto: la parte es igual á su todo*, son proposiciones absurdas.

Una proposicion es incomprensible, cuando es imposible á nuestro entendimiento el ver la correlacion ó identidad de las dos ideas que la componen: tales son estas: *Un Ser que no ha existido jamas, puede recibir la existencia: un Ser que existe, puede caer en la nada*. Tal seria tambien esta para vos y para mí, si hubiéramos estado siempre fuera de este mundo, y fuera de nuestros cuerpos: *Un Ser compuesto de espíritu y de materia es posible*.

Nosotros no somos dueños, ni de asentir á una proposicion absurda y contradictoria, ni de dejar de asentir á una proposicion evidente.

Todo el mundo conviene en ello. En cuanto á las proposiciones que son simplemente incomprensibles, dos cosas son ciertas. La primera, es que nosotros no estamos obligados á recibir como verdaderas las proposiciones de este tercer género, á menos que por otra parte no tengamos pruebas



de su verdad, equivalentes á las pruebas ideales que nos faltan. La segunda, es que jamas tenemos derecho para negar absolutamente las proposiciones del mismo género, á menos que en defecto de pruebas ideales, no tengamos por otra parte pruebas ciertas de su falsedad; porque en fin, de que no veamos que dos ideas se avienen é identifican, no se sigue que se combaten y escluyen mutuamente; y de que no veamos que dos ideas se combaten y se escluyen mutuamente, no resulta que se concilien é identifiquen. Todo esto, si no me engaño, es muy claro. Ahora, señor filósofo, yo sostengo que esta proposicion: *Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta union de esencia, de naturaleza ó de substancia*: yo sostengo, digo, que esta proposicion es una proposicion del tercer género que señalé en mi division; esto es, que ella es pura y simplemente incomprendible: que por consecuencia vos no podeis negar absolutamente esta proposicion (esto

es, desechar el isterio de la Trinidad), á menos que no tengais por otra parte pruebas de que es falsa, y que tenéis obligacion de admitirla (esto es, de creer el Misterio de la Trinidad), si en defecto de pruebas ideales, tenéis por otra parte pruebas ciertas de que es verdadera.

Si os digeran que tres Dioses no son sino uno, ó que tres Personas no son mas que una, estas dos proposiciones serian contradictorias y absurdas, porque reunia cada una dos ideas que se escluyen mutuamente. *Tres Dioses, y un solo Dios: tres Personas, y una sola Persona*. Estas dos proposiciones serian del mismo género que esta: *El todo no es mayor que su parte*; pero os dicen: *que tres Personas no hacen sino un solo Dios*. Ahora es claro, 1.º: Que vos no podeis demostrar que esta proposicion tiene contradiccion en los términos, porque cuando hablando de la Trinidad se dice *Unidad*, esta palabra *Unidad* recae sobre la substancia, y no sobre las Personas; y cuando se dice

*Trinidad*, la palabra *Trinidad* recae sobre las Personas, y no sobre la substancia; y así estas dos palabras *Unidad* y *Trinidad*, no se dicen la una ni la otra bajo la misma relación y en el mismo sentido. 2.º: Es claro, que aunque tengais alguna noción de la Esencia divina, no conoceis esta Esencia adorable á fondo, para pronunciar con certeza, que no puede admitir tres Personas, y que no tenéis una idea bastante clara de lo que nosotros llamamos *Persona* relativamente al Ser divino, para pronunciar con certeza que tres Personas repugnan al Ser divino.

Esta proposición, lo repito: *Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza, de substancia*: esta proposición, pues, es simplemente una proposición incomprendible; y por consecuencia lo es en virtud de los principios ya establecidos. 1.º: Vos no tenéis derecho para negarla absolutamente precisamente por causa de su incomprendibilidad: no

tendriais este derecho sino en tanto que os fuera demostrado, que nada es cierto sino lo que pudierais comprender, y estoy bien cierto que no os desconoceréis hasta el punto de llevar vuestras pretensiones tan arriba. 2.º: En virtud de los principios ya establecidos, debéis recibir esta proposición como verdadera; esto es, creer el Misterio de la *Trinidad*, si en defecto de pruebas ideales, tenéis por otra parte otras pruebas de la verdad de esta proposición. Imitemos aquí vos y yo á un ciego de nacimiento, al cual nos parecemos tan perfectamente. Este ciego no ve ni el cielo ni el sol que brilla en él con tanta claridad. Todo lo que él puede decir por sí mismo es, que ni ve el cielo, ni ve el sol, y sería un temerario si digera mas, y pronunciase absolutamente que no habia cielo ni sol. Pero cuando los hombres, entre los cuales este ciego vive, le dicen de concierto que hay un cielo y un sol; que ven el uno y el otro, y que se pasman

del espectáculo que ofrecen á sus ojos, él los cree sobre su palabra, aunque no tiene idea alguna de las cosas que le cuentan, y seria un loco si no las creyese. Portémonos, pues, del mismo modo, señor filósofo: este es el solo partido que sensatamente podemos abrazar.

*El filósofo.* Decis que los misterios de la religion cristiana no presentan al entendimiento ni contradiccion ni absurdo: está bien; pero por vuestra misma confesion, estos misterios son á lo menos incomprendibles. Ahora esto me basta, y os declaro que jamas me harán comprender que debo creer lo que no comprendo.

*El cristiano.* Me parece, señor filósofo, que no estais enteramente de buena fe, cuando me proponeis esta segunda objecion, despues de la respuesta que he dado á la primera; pero sea lo que fuere, no tengo reparo en daros nuevas luces.

Vos decis que no quereis creer los misterios de nuestra religion; porque

no podeis comprenderlos; pero si os manifesto que hay una infinidad de cosas que no comprendéis mejor que estos misterios, y que vos creéis sin embargo tan firmemente, que os seria imposible formar una duda seria de su existencia, ¿no os veriais obligados á confesar, que el reusaros á creer estos misterios, únicamente porque no los comprendéis, no es mas que un capricho y una obstinacion? Porque en fin, ello es mas claro que el dia, que este razonamiento: *Yo no comprendo, luego no debo creer, se estiende á todo, ó no vale nada.*

Vos decis: yo no debo creer sino lo que puedo comprender; y yo digo á mi vez, pues no creais nada, señor filósofo, de cuanto veis: no creais nada de lo que en vos pasa: no creais, ni vuestra propia existencia; porque nada de esto comprendéis.

Digo, que nada comprendéis de todo lo que veis. Este mundo que habitais, y de quien sois parte, está incessantemente espuesto á vuestros ojos: vedlo ahí: de su existencia y de la

vuestra no podeis dudar. Ahora, pretendo yo, y voy á demostrároslo, que no comprendeis cómo existe este mundo.

Vos convenis en que el mundo no es eterno, y en que él no se hizo á sí mismo: tambien convenis en que este mundo no es la obra del acaso, ó del concurso fortuito de los diferentes cuerpos que lo componen. Todas estas hipótesis encierran absurdos tan chocantes, que os habeis reducido á abandonarlas. (Ya no digo mas sobre estas hipótesis, mi amado Teotimo, porque lo he refutado en la primera conferencia de la primera parte.) Siendo esto así, teneis obligacion de reconocer que el mundo es obra de un Sér eterno y Todo-poderoso, infinito en inteligencia y sabiduría, porque así como es evidente que el mundo debe tener una causa de su existencia, así lo es tambien claramente que no ha podido tener otra.

Vos, pues, creéis, con los cristianos, que Dios ha criado el mundo pero concebis bien, ¿cómo no

existiendo el mundo, ni nada del mundo existiendo tampoco, ni por la materia, ni por la forma, el mundo salió de la nada á la primera orden que Dios le dió? ¿Concebís, cómo en un solo instante, y por un acto solo de su voluntad, Dios ha criado el cielo, la tierra, la mar, con todo lo que encierran? Respondedme de buena fe: ¿concebís todo esto? No, no lo concebís: vos no teneis idea alguna de la infinita eficacia de la voluntad de Dios: vos no teneis idea alguna de la relacion necesaria que hay entre el acto eterno, por el cual ha querido Dios que el mundo existiese en el tiempo, y la existencia real y efectiva del mundo. Vos no comprendéis cómo en virtud de esta palabra de Dios: *Fiat lux: hágase la luz*, la luz brilló al instante. Vos no concebís tampoco como existe el mundo. Sin embargo, lo repito, Vos no podeis dudar la existencia del mundo. Confesad, pues, que no comprender, no es siempre una razon para no creer.

Vos no comprendéis cómo es po-

sible que el mundo exista: añadid, que no comprendéis mejor las leyes que lo gobiernan. El mundo, dice la Escritura santa, este mundo que Dios ha hecho jugando, es un problema que ha propuesto á los hombres. Este problema no está resuelto todavia, ni jamas lo estará. Todos los ingenios grandes que ha producido el género humano, se han ejercitado en este grande objeto, sin adelantar nada. Cada filósofo ha querido construir un mundo, y todos estos mundos se han aruinado como edificios fabricados sobre arena. Han opuesto razonamientos á razonamientos, conjeturas á conjeturas, observaciones á observaciones y sistemas á sistemas. En esta guerra, que llamamos la guerra de los sabios, y que el Espíritu Santo llama una guerra de ignorancia: en esta guerra, que dura despues de tantos siglos, cada uno de los combatientes ha conseguido la victoria sobre todos los otros, y ha sido vencido por ellos á su vez, porque cada uno ha demostrado los errores de sus adversarios,

sin hallar ninguno la verdad: y si nuestra presuncion fuera capaz de ceder, convendriamos en fin en que el hombre es hecho para contemplar el mundo, para admirarlo y gozarlo, y no para conocerlo.

¡Eh! ¿cómo conoceríamos nosotros el mundo, siendo unos débiles mortales, cuando la menor criatura de las que lo componen escede á nuestra inteligencia? ¿Qué viene á ser, señor filósofo, la luz que nos ilumina? ¿Qué es el aire que respiramos? ¿Qué es la tierra que nos sostiene? Otros tantos misterios para vos, para mí y para todos los hombres. Ved aqui una gota de agua, un grano de arena y una poca de yerba: ya veis que no busco medios de ponerlos en embudo, y que tomo por casualidad lo que cae entre mis manos. Decidme lo que es esta gota de agua, este grano de arena, y esta poca de yerba. Hacedme conocer su naturaleza íntima, y todas sus propiedades. Ponedme en estado de decir, yo comprendo esta gota de agua, este

grano de arena y esta poca yerba. ¿Quereis para trabajar en estos grandes objetos, un siglo? ¿quereis dos? ¿quereis mil? Yo os los doy, y desafiándoos á que no adelantais nada; y tambien hago el mismo desafio á todos los filósofos juntos. Es muy cierto, señor filósofo, que vos no comprendeis nada de lo que veis, y por una ilacion necesaria es cierto, que el no comprender, no es siempre una razon para no creer.

¡Eh! ¿Qué será si os manifesto que vos no os comprendeis á vos mismo, ni comprendeis nada de lo que en vos pasa?

¿Podriais vos, señor filósofo, decirme, cómo se ha formado vuestro cuerpo en el seno de vuestra madre? ¿cómo ha entrado vuestra alma en vuestro cuerpo? ¿cómo estos dos seres tan opuestos, han podido unirse tan estrechamente, mezclarse y confundirse de tal modo el uno con la otra, que no son sino un mismo todo? ¿Qué es vuestra alma? ¿dónde está? ¿cómo subsiste? vos pensais, ¿qué es

el pensamiento? vos sentis, tan presto placer, tan presto dolor? ¿qué es el dolor? ¿qué es el placer? vuestros ojos ven los colores, ¿por qué ven vuestros ojos? ¿qué son los colores que ven vuestros ojos? ¿qué sabeis vos sobre todo esto? Lo que saben los mas estúpidos; esto es, nada, nada absolutamente. Sin embargo, vos existis: veos aquí delante de mi. Habeis jamas dudado lo que en vos pasa, ¿por qué no lo comprendeis? El misterio de vuestra existencia: ¿os ha hecho jamas dudar de vuestra existencia? Convenid, pues, en que el no comprender, no es siempre una razon para no creer. ¡Qué, señor filósofo, el mundo es un misterio para vos! ¡Cada una de las criaturas que componen este mundo, es un misterio para vos: vos sois tambien un misterio para vos mismo, y quereis comprender á aquel Sér Supremo y Eterno, que ha hecho el mundo, y os ha hecho á vos mismo de la nada!

*El filósofo*: Es cierto que no concibo cómo el mundo ha podido y debido existir en virtud de un solo ac-

to de la voluntad de Dios; pero, en fin, yo veo el mundo, yo lo habito, yo gozo de él, y su existencia admira continuamente todos mis sentidos. Yo sé por otra parte, que el mundo no es eterno: que él no ha podido hacerse así mismo, ni ser la produccion del concurso fortuito de los seres que lo componen; y de aquí concluyo evidentemente, que es Dios quien lo ha hecho de la nada.

Yo no conozco el fondo y la naturaleza íntima de ninguno de los seres que componen el mundo; pero estoy continuamente rodeado de estos seres. Yo los tengo delante de mis ojos, y entre mis manos: ellos estan sometidos á todos mis usos. Yo no concibo ni el fondo de mi propio ser, ni nada de lo que pasa en mí; pero tengo conocimiento de mi ser y de sus modificaciones. Yo no tengo conocimiento alguno ideal de ninguna de esas cosas; pero en defecto de estos conocimientos; tengo las pruebas de hecho, las pruebas de sentimiento, las pruebas de esperiencia, y estas pruebas me

bastan. Que me den otras semejantes ó equivalentes del Misterio de la Trinidad, y estoy pronto á creerlo.

*El cristiano.* Vuestra respuesta es de un hombre que tiene buen juicio, y disputa de buena fe: ella me asegura la victoria, y me alegro de ello, mas por vos que por mí, porque os importa mucho mas ser el vencido, que á mí el vencedor; y os anuncio que bien presto estaremos acordes, y que en un momento creereis el Misterio de la Trinidad, y todos los otros Misterios tan firmemente como yo los creo.

Vos concebís que el Misterio de la Trinidad es simplemente incomprendible: vos concebís tambien que hay una infinidad de cosas que no podemos comprender, y que sin embargo nos vemos obligados á creer; porque si por una parte no podemos concebir su posibilidad, tenemos por otra pruebas ciertas de su existencia; en consecuencia de esta doble confesion, vos prometeis creer el Misterio de la Trinidad, por incomprendible

que sea, si os doy pruebas ciertas de la existencia de este Misterio. Ahora voy á daros una prueba cierta é infalible de la existencia del Misterio de la Trinidad; una prueba, que no solo es equivalente á una demostracion directa é ideal, sino tambien á todas las pruebas de este género.

*El filósofo.* Vos prometeis mucho, y no sé si podreis cumplir vuestra palabra en toda su estension: veamos, pues, esta prueba, en la cual teneis tanta confianza, y anunciáis con un ayre tan triunfante.

*El cristiano.* Vedla aquí: ¿no estais convencido de que Dios debe ser creído de los hombres en el testimonio que les da él mismo tocante su naturaleza, su ser, su modo de existir; y finalmente tocante sus obras? Sí, sin duda, vos lo estais de este principio; porque para negarlo, sería preciso suponer, ó que Dios no se conoce á sí mismo, ni sus propias obras, lo que sería una horrible blasfemia, ó que Dios puede dar á los hombres un testimonio falso tocante

su naturaleza, ó la de sus obras, lo que sería una blasfemia mas horrible todavia; ó en fin, que los hombres, aunque convencidos de la veracidad infinita de Dios, tienen no obstante el derecho de no recibir el testimonio que les da tocante su propio sér, ó tocante sus obras, á menos que no les dé ideas netas de las cosas que les revela, y que no se las haga comprender; lo que sería á un tiempo el colmo de la impiedad, y el último grado de la locura. Es así que Dios ha declarado á los hombres del modo mas auténtico: *Que él existia en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza ó de substancia*; luego vos debéis creer: *Que Dios existe en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia, de naturaleza ó de substancia*; quiere decir, que debéis creer el Misterio de la Trinidad, aunque es incomprendible.

*El filósofo.* Los hombres estan obligados á creer todo lo que Dios les revela. Es así que Dios ha revelado á:



los hombres, que él subsistia en tres Personas perfectamente distintas, en una unidad de esencia: luego los hombres estan obligados á creer, que Dios subsiste en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad. Ved aquí vuestro razonamiento. La tercera proposicion de que se compone este razonamiento, resulta claramente de las otras dos: concedo; pero para que esta tercera proposicion sea verdadera, es necesario que las otras dos sean ciertas y demostradas, y hay una que no lo está. Vos decís que los hombres estan obligados á creer ciegamente todo lo que Dios les revela. Estoy muy persuadido de ello: añadís, que Dios ha revelado á los hombres, que existía en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de esencia; y yo no lo creo. Probadme, pues, que Dios ha dado á los hombres la revelacion de que habláis. ¿En qué tiempo, en qué pais, y de qué manera se ha manifestado Dios á los hombres, para declararles este Misterio? ¿En qué términos ha hecho

esta declaracion? ¿A quién la hizo? ¿Fue á un pueblo entero, ó á un corto número de hombres? ¿Dónde están los monumentos que testifican esta grande revelacion? ¿Estos monumentos, son auténticos ó sospechosos? ¿Merecen ser creídos de las naciones? Ved aquí, pues, lo que debéis demostrar.

*El cristiano.* Os respondo, señor filósofo, con estas palabras de S. Juan: "El Verbo se hizo carne, y habitó „entre nosotros, „ para instruirnos y revelarnos los secretos y la voluntad de su Padre. Sí: el Verbo de Dios, la segunda Persona de esta santa y augusta Trinidad, que los cristianos creen y adoran, se hizo Hombre sin dejar de ser Dios, y este Dios Hombre es quien nos ha declarado que Dios subsistia en tres Personas perfectamente distintas, en una perfecta unidad de naturaleza.

Vos sonreis de mi respuesta, y bien veo que la mirais como una pomposa paradoja; mas espero que quando la haya desenvuelto, juzgareis dis-